

SORPRESA, INCERTIDUMBRE E INTELIGENCIA MILITAR

Aníbal Romero

(1986)

1. EL PROBLEMA DE LA INCERTIDUMBRE EN LA TOMA DE DECISIONES POLÍTICAS.

Una de las principales características de las relaciones internacionales contemporáneas, así como de la vida interna de países desarrollados o en vías de desarrollo, es la complejidad y dinamismo de las situaciones que configuran una determinada realidad política. En efecto, si se piensa, por ejemplo, en la relación estratégica entre los superpoderes, en los múltiples y sutiles factores psicológicos, políticos y tecnológicos que definen el "balance de terror" nuclear, o, más cercano a nosotros y en otra dimensión, los problemas urbanos que aquejan una ciudad como Caracas, las dificultades de la Educación Superior venezolana, las enormemente tortuosas exigencias para proyectar políticas de industrialización a largo plazo, etc., se verá hasta qué punto el Estado moderno camina sobre un terreno movedizo y sujeto a un elevado grado de incertidumbre. Esta última se manifiesta en tres sentidos: Primeramente en lo que se refiere a la multiplicidad y ambigüedad de factores y circunstancias que intervienen y deben tomarse en cuenta para la toma de decisiones. En segundo lugar, en lo que respecta al impacto probable de decisiones actuales sobre el futuro; y finalmente, en lo que toca a la posibilidad de proyectar tendencias presentes hacia adelante, de "configurar" y "anticipar" en algún grado el porvenir, y tomar previsiones que reduzcan en cierta medida los efectos tal vez desfavorables de transformaciones en el medio ambiente en que se desenvuelve la existencia nacional. Así, puede afirmarse que la estabilidad es poco usual en este período histórico; se presentan más bien situaciones de "cambio estable" (no radical, pero permanente y continuo), y, con mucha frecuencia, de "ultra-cambio". Este es particularmente notorio en países que como el nuestro han "despegado" en pocos años -impulsados por el petróleo- hacia un proceso de modernización acelerada, experimentando en corto tiempo profundas transformaciones de todo orden, que alcanzan su estructura económica y social, la psicología colectiva de su población, y su vida política y cultural.

Venezuela es un país sometido al "ultra-cambio", y debido a esta condición se le plantea con especial relevancia la cuestión de la incertidumbre. En el ambiente externo e interno, el margen de maniobra del Estado para formular y ejecutar exitosamente sus políticas (de defensa, exterior, urbana, sanitaria, de industrialización, agrícola, petrolera, etc.) se puede ver, y de hecho así ocurre, seriamente afectado por el impacto de la incertidumbre en la toma de decisiones. El proceso de formulación de políticas del Estado venezolano no escapa a deficiencias y debilidades bastante comunes en el funcionamiento de las maquinarias burocrático-administrativas modernas, y que han sido analizadas en detalle, entre otros, por el Profesor Yehezkel Dror en sus

trabajos sobre el tema.¹ Cabe mencionar, de esas debilidades, las siguientes:

a) El incrementalismo conservador: las políticas cambian en forma lenta y en "pequeñas porciones", con notable resistencia a la innovación.

b) La "visión de túnel": los problemas se consideran de manera "atomista", elemento por elemento, sin perspectiva de conjunto y en forma aislada.

c) El inmediatismo: los asuntos "urgentes" desplazan a los "importantes"; la atención se centra en lo que ahora parece relevante y se colocan en segundo plano las consideraciones básicas y a largo plazo.

d) Represión de la incertidumbre y tendencia a la improvisación: ante los dilemas del futuro, se oscila entre dos tipos de reacción: por un lado, se suprime la incertidumbre, y se hace descansar la política en una visión simple, unívoca y arbitrariamente elegida sobre el porvenir; y por otro lado, se improvisa con el argumento de que nada es posible hacer sobre lo impredecible y carece de sentido pretender "planificar".

e) Separatismo: tendencia a establecer compartimientos estancos entre las diversas esferas en que se proyecta la política estatal: relaciones exteriores, defensa, economía, asuntos políticos internos, etc.

f) Marcos conceptuales sobre-simplificados para el análisis de la vida política, lo cual acentúa la tendencia a interpretar la realidad como reflejo de la imagen del propio espectador. Se pierde así toda "objetividad", y se atribuyen a otros actitudes que no se corresponden a sus esquemas de valores y marcos conceptuales.

Podrían señalarse otras deficiencias, pero con las ya mencionadas basta para puntualizar que la incertidumbre acerca del futuro impone graves presiones y dificultades sobre los mecanismos de decisión del Estado, las cuales se acentúan en el caso de las **políticas de defensa**, dado que en esta área los problemas tienen que ver con la propia supervivencia nacional. La naturaleza de las amenazas a nivel global (por la evolución de la economía mundial, la volatilidad de las tecnologías mili-tares, las fricciones político-ideológicas entre Estados, etc.), es altamente compleja y difícil de determinar de manera precisa, en particular para un "pequeño Estado" como el venezolano. Las dificultades se acrecientan en el campo táctico-operativo, en vista de los nuevos sistemas de armamentos, cuya combinación en batallas reales puede producir resultados que es casi imposible definir en "juegos de guerra" o simulaciones de escritorio. Aún a través de ejercicios prácticos, como lo han-demostrado algunos recientemente ejecutados por la OTAN, resulta complicado extraer conclusiones firmes que disminuyan las interrogantes acerca de las características que tendrá el campo de batalla en el futuro.

1. Dror, Y.: Análisis de Políticas y Decisiones de Política Exterior, (mimeografiado, s.f.), pp. 5 y 6. Véase también, del mismo autor: Design for Policy Sciences, American Else-vier.N.Y. 1971.

No es mi propósito en este ensayo discutir los problemas específicos que plantea el tratamiento de la incertidumbre al Estado venezolano; he tocado este caso sólo a manera de ilustración y para introducir el tema. Mi objetivo es, por una parte, analizar el problema de la incertidumbre desde un punto de vista teórico con referencia específica al ataque por sorpresa; y por otra parte, destacar algunas de las cuestiones epistemológicas de mayor interés que suscita el asunto. En otras palabras, el objeto de mi estudio pertenece a la esfera de la política de defensa, y específicamente de las potencialidades y limitaciones de la inteligencia militar. Intentaré dirigirme, luego de abordar el problema desde una perspectiva que bien podría calificarse de "filosófica", a conclusiones de carácter normativo sobre cómo aumentar la funcionalidad y eficacia de la inteligencia militar en su tarea de proporcionar juicios acertados sobre la realidad circundante.

Si bien es común en los Estados la baja tolerancia de la incertidumbre, y la exclusión de eventos poco probables o sorpresivos del rango de problemas que debe tratarse de anticipar, existen sin embargo diversas técnicas que pueden emplearse con mayor o menor efectividad con el propósito de "reducir" la incertidumbre acerca del futuro. Se trata de estructurar conceptualmente la incertidumbre, de identificar incertidumbres antes no especificables y de absolverlas o asimilarlas en formas más claras. Ello se logra en cierta medida a través de la extrapolación simple y compleja de tendencias actuales hacia adelante, del uso de analogías históricas, del diseño de modelos de simulación, de la clarificación y estructuración de la intuición y grados de probabilidad desde un punto de vista subjetivo ("método DELPHI"), de la predicción sistemática, y del diseño teórico de escenarios y futuros alternativos. No obstante, la incertidumbre no puede ser totalmente eliminada; no es dado a los hombres conocer el futuro, todas las predicciones se basan, al menos en algunos de sus rasgos, en el pasado y ésta es una de sus limitaciones fundamentales. Mientras mayor es la intensidad del cambio en el área que se considere es todavía más difícil predecir los futuros alternativos. En el caso de la inteligencia militar y del ataque por sorpresa, se presenta la dificultad adicional de que -en lenguaje de "teoría de juegos"- las relaciones entre actores políticos no son juegos de puro azar sino lo que se conoce como "juegos de estrategia". En los primeros no existe un contendor propiamente dicho, por lo que la racionalidad del jugador se reduce a considerar las probabilidades existentes para la ocurrencia de distintos eventos y actuar en consecuencia. En los juegos de estrategia, por otra parte, existe un contrincante inteligente, que obrará con mayor o menor astucia y habilidad para producir eventos contrarios a nuestros intereses, ocultando sus intenciones, adivinando las nuestras y anticipando nuestras acciones.² En este tipo de "juegos" -que es el que caracteriza una situación de conflicto internacional- existe un adversario al que hay que derrotar o ser por él derrotados: el intento de adivinar sus propósitos y predecir sus acciones adquiere por tanto extraordinaria relevancia.

2. Véase: J.C. Rey: "Estrategia Política", en Seguridad y Desarrollo, Temas del IAEDEN, Ediciones del Congreso de la República, Tomo 2, Caracas, 1976, p. 219.

¿Es posible evitar un ataque por sorpresa? ¿Cómo se explica que, a pesar de la existencia en esos casos de una masa sustancial de información sobre la proximidad de un ataque, se hayan producido con éxito en nuestra época la ofensiva "Barbarroja" contra la URSS, el ataque a Peari Harbor, y la acción sorpresiva árabe en octubre de 1973 contra Israel? ¿Por qué el gobierno norteamericano tuvo tantas dificultades en interpretar correctamente la evidencia que indicaba los preparativos soviéticos para instalar misiles en Cuba en 1962? En lo que sigue, trataré de explicar la conclusión establecida por Michael Handel según la cual: "hay poco chance, a pesar de la existencia de información adecuada, tecnologías ultrasofisticadas, y de todo el esfuerzo humano invertido, de prevenir o predecir un ataque por sorpresa".³ Procuraré dar cuenta de por qué, en palabras de Wasserman, "las fallas en la predicción de inteligencia militar y política se deben a errores de interpretación y no a la carencia de suficiente información"⁴ e intentaré hallar el sentido, en el campo específico que cubre este ensayo, de la frase de Goethe: "Nunca nos engañan; nos engañamos a nosotros mismos".

2. LAS BARRERAS DE INTELIGENCIA: "SEÑALES" Y "RUIDO"

Ante todo, es necesario establecer una definición de lo que aquí se entenderá por "ataque por sorpresa". En un estudio sobre el tema, Katarina Brodin ha propuesto tres:

- 1) "Ataque sin previo aviso o con muy breve período de advertencia anterior".
- 2) "Ataque lanzado a partir del despliegue 'de paz' del agresor, con muy poca actividad extraña previa".
- 3) "Ataque lanzado contra un oponente que está insuficientemente preparado en relación a su potencialidad".⁵

De estas definiciones la tercera es la preferible por una razón muy importante: no hay una relación directa entre la cantidad y calidad de señales de inteligencia y el nivel de preparación para alistarse ante un posible ataque. Los ejemplos contemporáneos más relevantes, la "Operación Barbarroja", Peari Harbor, la Guerra de octubre de 1973 en el Medio Oriente, y otros, demuestran sin lugar a dudas que no hay ataques "venidos del cielo", "sin previo aviso" o con "escasa actividad extraña previa". Los servicios de inteligencia de la potencial víctima han acumulado la información indicativa de los movimientos "fuera del despliegue de paz" del enemigo, pero la evaluación

3. M.I. Handel: Perception, Deception and Surprise: The Case of the Yom Kippur War, The Hebrew University of Jerusalem, 1976, p. 7.

4. Bruno Wasserman: "The Failure of Intelligence Prediction", Political Studies, Vol. VIII, No.2, 1969, p. 165.

5. K. Brodin: Surprise Attack: Problems and Issues, Ministry of Defence, Sweden, 1975, pp. 3, 4.

de sus verdaderas intenciones ha sido deficiente. Debe tenerse en cuenta entonces que la sorpresa es una cuestión de grados; puede ser total o parcial, y aplicarse en relación a:

- Si: ¿va a producirse el ataque?
- Quién: identidad del agresor.
- Cómo: carácter del ataque: por ejemplo, tamaño de las fuerzas empleadas, tácticas, uso de nuevas armas, etc.
- Cuándo: momento del ataque.
- Dónde: lugar o dirección del ataque.

Lo relevante es entonces preguntarse: si la información cruda es generalmente obtenida por los mecanismos de inteligencia (como lo demuestra sin duda la experiencia histórica), ¿por qué no es interpretada acertadamente?, ¿cuáles son las dificultades para su evaluación?

En lenguaje de inteligencia se entiende por "señal" de una acción una clave, un signo, una pieza de evidencia que indique esa acción o la intención' de llevarla a cabo por parte de un adversario potencial. "Ruido" es el término técnico que denomina el "background" de señales irrelevantes o inconscientes, claves que apuntan en dirección equivocada y que oscurecen, confunden, o "sumergen" las que apuntan en dirección correcta. Las fallas de inteligencia provienen del flujo de la información (de las "señales") a través de tres barreras de "ruido" que van sumando distorsiones, las cuales complican el marco conceptual-perceptivo de los decisores; el objetivo central de estos últimos (y sobre todo de sus servicios de inteligencia) debe ser entonces mejorar la relación señales-ruido", es decir, ampliar las "señales" y reducir el "ruido".

El Enemigo: la Primera Barrera

Son varias las razones por las cuales no resulta fácil obtener "señales" claras del enemigo:

a) Puede ocurrir que esas "señales" simplemente no existan, pues el enemigo no ha tomado decisiones cruciales en un sentido u otro, o puede que haya dos grupos de "señales" contradictorias pero igualmente relevantes y verdaderas. Por ejemplo, sólo en septiembre de 1941 (poco antes de Pearl Harbor), luego de meses de discusiones (y, por tanto, de emisión — involuntaria— de "señales" a través de diversos medios) el Gabinete japonés tomó la decisión de atacar Asia del Sudeste en lugar de la URSS. Los planes aliados de abrir un "segundo frente" en Europa se vieron por un tiempo sujetos a un debate entre norteamericanos (que favorecían una invasión en la costa francesa) y británicos (que consideraban preferible una invasión en África del Norte, Italia y los Balcanes). Los alemanes seguramente recibieron un ese periodo "señales" contradictorias pero correctas que indicaban dos áreas amenazadas de un ataque inminente; al final, ambos conjuntos de señales resultaron acertados pues los dos planes fueron implementados. Como

expresa Handel: "Al menos durante un tiempo, dos grupos de señales igualmente correctas pero contradictorias pueden ser emitidas en forma simultánea, y ninguno debe ser dejado de lado como "ruido" a pesar de su aparente incompatibilidad... Lo que el enemigo mismo no sabe difícilmente puede ser determinado por los servicios de inteligencia del potencial agredido".⁶

b) También puede pasar, de manera más específica, que la doctrina militar-operativa del enemigo no cristalice sino en último momento, y varias doctrinas contradictorias coexistan hasta muy poco antes del ataque. Para los norteamericanos previamente a Pearl Harbor era un extremo difícil imaginar que los japoneses, contrariamente al comportamiento siempre cauteloso en materia naval que les caracterizaba, se atreviesen a arriesgar en una sola operación buena parte de su escuadra de portaviones. De igual forma, la inteligencia israelí desconocía las innovaciones en las doctrinas sirias y egipcias de "negación de los cielos" a través del uso masivo de sistemas antiaéreos de fabricación soviética; estas tácticas tenían pocos precedentes, y varios de esos sistemas de armas se probaban por primera vez.

c) Otra barrera clave es, desde luego, el secreto, ya que el potencial atacante (con excepción de acciones dirigidas explícitamente a confundir y engañar a su adversario) tratará siempre de ocultar sus capacidades, intenciones y planes tras un muro de secreto. Paradójicamente, aún la verdad puede engañar, pues "si los secretos del enemigo se obtienen demasiado frecuente y fácilmente, son muy buenos para ser creídos y puede esperarse un engaño".⁷ De allí que, como indican Luttwack y Horowitz: "No hay diferencias entre 'señales' y 'ruido' -excepto retrospectivamente. No hay datos verdaderos y falsos, pues en el fondo todos los datos estratégicos son 'ruido'".⁸ La dificultad de distinguir entre el engaño deliberado y la involuntaria revelación de secretos, de diferenciar entre "señales" y "ruido" conduce a tratar en forma simular **toda la información**, pues **todo es ruido**.

d) Cabe indicar también la dificultad proveniente del enemigo que está dispuesto a tomar "riesgos excesivos", ya que, como expresó el General Erfurth: "La idea de que algo 'no puede hacerse' es una de las principales ayudas a la sorpresa... Los expertos tienden a olvidar que la mayoría de los problemas militares son solucionables, siempre que se esté dispuesto a pagar el precio".⁹ Para Stalin era inconcebible que Hitler se aventurase a una guerra en dos frentes, ya que el líder nazi había afirmado repetidas veces en su libro **Mein Kampf** que ello sería suicida para Alemania. La sorpresa del Yom Kippur tuvo mucho que ver con la convicción por parte de los líderes políticos y jefes de inteligencia israelitas que los árabes sabían que no podían ganar una guerra contra Israel. Y era cierto; Sadat, sobre todo, no se hizo ilusiones al respecto, pero lo que no previeron los israelitas fue que los árabes serían capaces de tomar un grave pero calculado riesgo: no se trataba de "ganar" la guerra (militarmente) sino de utilizarla como instrumento político, crear una

6 M.I.Andel, ob cit, pp.12,13.

7 Ibid, p. 14

8. E. Luttwack y D. Horowitz: The Israeli Army, Alien Lañe, London, 1975, p. 340.

9. W. Erfurth: Surprise, Military Service Publishing Co. Pennsylvania, 1943, pp. 6, 7.

crisis, y "descongelar" la situación diplomática en el Medio Oriente forzando a los superpoderes (particularmente Estados Unidos) a intervenir. De allí que, paradójicamente, mientras mayor es el riesgo para el agresor potencial se hace menos creíble para su víctima; así, mientras mayor es de hecho el riesgo, se hace con frecuencia menor en la apreciación del amenazado.

La Segunda Barrera: El Ambiente Internacional

Aquí debe señalarse lo siguiente:

a) Un ambiente internacional conflictivo puede desviar la atención de los servicios de inteligencia hacia "focos" críticos no decisivos en un momento determinado. Por ejemplo, cuando ocurrió el ataque a Pearl Harbor los mecanismos de análisis y toma de decisiones norteamericanos se encontraban particularmente concentrados en los peligros que acechaban a Europa y el Atlántico: "Estas señales europeas anunciaban peligros de manera más específica y frecuente que las provenientes del Lejano Oriente".¹⁰

b) Por otra parte, un ambiente internacional "pacífico" **también** puede producir distorsiones. Así, la atmósfera existente previa al estallido de la guerra del Yom Kippur era relativamente tranquila: la "detente" USA-URSS parecía hacerse más sólida, y en el Medio Oriente no habían explotado crisis militares de envergadura por cierto tiempo. De tal forma que tanto un ambiente conflictivo como uno pacífico pueden incidir negativamente en la evaluación de los datos de inteligencia confundiendo la atención o adormeciéndola. De hecho, el agresor puede contribuir intencionalmente a; "pacificar" el ambiente para hacer caer a su víctima en una rutina soporífera.

La Tercera Barrera: El Ruido Autogenerado

No sólo desde el punto de vista de la inteligencia militar, sino también en lo que respecta a su relevancia epistemológica, los problemas más interesantes en el campo objeto de este análisis se derivan de las distorsiones interpretativas **autogeneradas**. En efecto, la información "bruta" no tiene valor en sí misma; lo importante no son los datos por sí solos. Es necesario insistir en esto, pues aún no desaparece del todo la tendencia a ver en el trabajo de inteligencia algo dirigido meramente a la recolección de datos "en forma objetiva", persiste la idea de que mejorar los mecanismos de obtención de información redundara automáticamente en más conocimiento. Tal perspectiva del asunto conduce, desde luego, a separar artificialmente la función investigativa de la función crítica o analítica de la inteligencia militar y política.

No es extraño como lo ha demostrado Roger Hilsman en un detallado estudio sobre el tema ¹¹ encontrar una "actitud común" entre personas

10. R. Wohistetter: Pearl Harbor: Warning and Decision, Stanford University Press, 1962, pp. 301,387.

11. R. Hilsman: Strategic Intelligence and National Decisions,, Princeton University Press, 1956

conectadas al trabajo de inteligencia según la cual su propósito es acumular cada vez más "hechos" sin presupuestos de ningún tipo u objetivamente" Implícita o explícitamente se sostiene que el conocimiento consiste en hechos "no contaminados" por interpretaciones o puntos de vista ajenos a los mismos, y es inducido por la observación "desprejuiciada" de la realidad. En otras palabras, se trata de una creencia de acuerdo a la cual el conocimiento son "hechos" divorciados de interpretación y las decisiones políticas deben basarse en lo posible en todos los hechos. Wasserman denomina "realismo ingenuo" la idea de que el conocimiento consiste de hechos o realidades objetivas (que por tanto sólo admiten una determinada interpretación), y llama "induccinismo" la creencia de que el conocimiento es inducido por una observación desprejuiciada y sin preconcepciones. Según Hilsman: "La idea implícita que está en la base de lo que los operadores sostienen sobre el papel de los 'hechos' no es tan sólo que el conocimiento es imposible sin los hechos, sino que el obstáculo para adquirir nuevos conocimientos es carencia de hechos, y que no hay dificultad en hallar el conocimiento que se busca una vez que se tienen los hechos".¹²

"Realismo ingenuo" e "induccinismo" conducen a la noción de un futuro concebido en términos deterministas, que no está abierto a la influencia de la voluntad humana sino determinado por "realidades objetivas"; el futuro está "contenido" en las realidades y hechos presentes, y el conocimiento y predicción del futuro consiste en adivinar lo que estos hechos presentes "llevan dentro". Se trata de una visión típicamente historicista que no pocas veces concibe el futuro como algo "inalterable". Sobre esto, Willmoore Kendall escribe que "El curso de los eventos es concebido no como algo que uno trata de influenciar sino como una cinta grabada colocada dentro de una máquina, y el trabajo de inteligencia consiste en transmitir a los planificadores lo que dice la cinta".¹³

Como trataré de mostrar, las doctrinas del "realismo ingenuo" e "induccinismo" son teóricamente insostenibles, y las actitudes que de ellas se desprenden, de acuerdo a las cuales el trabajo de inteligencia, de análisis y de decisión requieren habilidades diferentes y crecen por así decirlo en "compartimientos estancos", son altamente perjudiciales por sus consecuencias prácticas. De un lado, la noción de induccionismo, de conocimiento "objetivo", sin preconcepciones "a-priori", lleva a un retroceso infinito en los intentos de fundamentación y justificación. En efecto, "Una afirmación, descripción o explicación que se considera desprovista de preconcepciones a-priori tiene que ser justificada en términos de observaciones 'objetivas' de hechos y experiencias. Esta justificación 'objetiva' en sí misma constituye una descripción, la cual a su vez requiere justificación a través de la observación 'objetiva' de otros hechos y experiencias: y esta otra justificación,

12. Ibid, p. 64.

13. W. Kendall: "The Function of Intelligence", *World Politics*, July 1949, p. 549

siendo también 'táctica' u 'objetiva' o no a-priori requiere también una nueva justificación".¹⁴ Así, la doctrina de un conocimiento "sin preconcepciones" exige una justificación "Ad infinitum" de sus afirmaciones sucesivas, "observadas objetivamente", y no tiene por tanto un sostén lógico. De otro lado, la doctrina del "realismo ingenuo", de un conocimiento que refleja un orden táctico, públicamente accesible a todos por igual, conduce a dogmas imposibles de someter a tests de refutabilidad. Las proposiciones sobre los "hechos objetivos" se convierten en explicaciones últimas, que no admiten alternativas. Tales explicaciones son por lo tanto irrefutables.

De hecho, el conocimiento no puede adquirirse sin preconcepciones, entendiendo por tales la existencia de marcos conceptuales, teorías, categorías analíticas y principios organizadores y de interpretación que someten los "hechos" al mecanismo ordenador de la mente. Por otra parte, el conocimiento no puede basarse en "todos" los hechos, que son, en principio, imposibles de obtener; es obvio que en casi todo problema en el mundo (político, económico, etc.) no hay un "fin" de los hechos que de una u otra forma, en el pasado y el presente, intervienen y afectan tenue o gravemente el asunto en cuestión. Como ha mostrado, entre otros, Robería Wohistetter en sus excelentes estudios sobre el ataque a Peari Harbor y la "Crisis de Cuba" en 1962, aún las inferencias envueltas en el acto de interpretar fotografías aparentemente precisas son posibles gracias a un cuerpo de suposiciones de diversos grados de certidumbre, que van desde principios de óptica y geometría euclidiana hasta juicios tecnológicos, económicos y políticos. Estas inferencias a su vez se basan en un horizonte aún más amplio de creencias de variada claridad y coherencia. Pero justamente debido a la existencia de este cuerpo de creencias y aproximaciones que intervienen aún en la interpretación de una fotografía, las observaciones de un agente de inteligencia, o un reporte o dato de cualquier naturaleza que se considere en principio relevante, es que se hace posible interpretar **de muy diversas maneras** esa fotografía, observación o reporte. "Nuestras creencias, como afirma Quine, están 'subdeterminadas' por nuestra experiencia, y no la enfrentan separadamente, proposición por proposición, sino siempre en masa, como una colección. Tenemos un buen margen de libertad en cuanto a qué proposiciones ajustar de acuerdo a datos nuevos y aparentemente perturbadores".¹⁵

Cada servicio de inteligencia y grupo de decisiones desarrolla y posee un marco conceptual, un grupo de creencias, presuposiciones e hipótesis respecto a las intenciones y capacidades del adversario y en base a las cuales se avalúan las probabilidades y riesgos de conflicto a corto, mediano y largo plazo Sin este marco conceptual y estas hipótesis no podría organizarse la masa de información y datos existentes, ni extraerse ningún sentido de los mismos. Aún en el campo de las ciencias naturales la interpretación hasta de los más simples experimentos depende implícitamente de teorías sobre los

.14 Wasserman, ob. cit. pp. 159,160.

15. R. Wohistetter: "Cuba and Peari Harbour: Insight and Foresight", Foreign Affairs, July 1975,p.706.

instrumentos de medición, el comportamiento de los diversos elementos interventores, etc. Como ha mostrado Popper con gran contundencia, es siempre posible "salvar" una teoría o hipótesis alterando una o varias suposiciones del amplio grupo que conecta esa teoría con determinadas observaciones. Puede demostrarse lógicamente que cualquier número finito de observaciones puede ser "acomodado" dentro de un número indefinidamente largo de explicaciones diversas. Lo que esto significa es que los hechos tienen plasticidad dentro de los esquemas, teorías e hipótesis que pretenden explicarlos; no son rígidos, fijos, inflexibles o "indiscutibles"; ello en gran medida depende del marco teórico a cuya presión se les someta, de allí que **ese marco teórico mismo** debe ser objeto del análisis de inteligencia.¹⁶ Las observaciones empíricas no permiten verificar **conclusivamente** una hipótesis pero sí permiten **refutarla**. (Esto es así pues existe una asimetría lógica entre verificación y refutación: si bien ningún número de observaciones de "cisnes blancos" nos permiten lógicamente derivar la proposición universal "todos los cisnes son blancos", **una sola** observación de un "cisne negro" nos permite derivarla proposición "no todos los cisnes son blancos". En este sentido lógico las generalizaciones empíricas, aunque no son verificables, sí son refutables, lo cual implica que las leyes científicas pueden ser sometidas a tests, si bien no pueden probarse, y los tests consisten en el intento sistemático de refutarlas). El empirismo ingenuo que sugiere que la verificación decisiva de teorías e hipótesis es posible gracias a la incontrovertibilidad de los "hechos" pierde de vista esta situación, la cual tiene enormes implicaciones para el trabajo de inteligencia.

Si son tan insuperables las dificultades de verificación en las ciencias exactas, el problema se agudiza mucho más en relación al papel de las observaciones y su interpretación en una esfera práctica como son las operaciones de una agencia de inteligencia y las decisiones de los estadistas: "En este terreno los presupuestos que configuran la interpretación son más variados, menos explícitos y por lo tanto con frecuencia sostenidos más débilmente, (aunque) algunos supuestos relevantes pueden a veces ser sostenidos con pasión. Estos incluyen probablemente creencias auto estimulantes y elementos de orgullo nacional, etc...¹ Este esquema mental primario es el que más fácilmente se olvida retrospectivamente, y es sobre todo lo que hace que cada sorpresa pasada se con-vierta en algo casi ininteligible e inexplicable excepto quizás como producto de locura criminal o conspiración".¹⁷ Esto último apunta en la dirección de las teorías "revisionistas" o "conspirativas" del ataque por sorpresa que serán analizadas más adelante. Por ahora creo indispensable sintetizar los más resaltantes aspectos que se derivan de estas consideraciones de índole epistemológica respecto al trabajo de inteligencia.

Como se indicó previamente, cada servicio o grupo de acción en inteligencia militar y política funciona con hipótesis y criterios que guían la

16. Véase: R. Magee: Popper, Fontana, London, 1973, pp. 35-55; y Kari Popper: The Logic of Scientific Discovery, Hutchinson, London, 1974, pp. 27-48,78-135; 251-184.

17. R. Wohistetter: "Cuba and Pearl Harbor...", ob. cit. pp. 706, 707.

interpretación de los "datos amorfos"; la existencia de tales hipótesis es absolutamente crucial pero tiene sus peligros, de los cuales surge el "**ruido**" **autogenerado**. Por un lado, este "marco conceptual", una vez desarrollado, puede hacerse demasiado rígido y dogmático, y ser incapaz de adaptarse a los cambios en el ambiente; ello puede conducir a una situación en la cual los datos son interpretados de manera determinista y en la que se trata de amoldar la información a la fuerza dentro del esquema o "paradigma" dominante, lo cual crea un abismo entre la realidad y las percepciones sobre la realidad. Por otro lado, teniendo en cuenta el amplio terreno de libertad para la producción de hipótesis en inteligencia, puede establecerse un marco conceptual flexible pero los cambios frecuentes de perspectiva pueden hacerlo inútil como una guía para la interpretación sólida y la toma de decisiones. En este sentido la poca rigidez puede ser tan negativa como el exceso de rigidez¹⁸ y el equilibrio no es fácil de lograr. En la empresa de inteligencia 'la atención humana está dirigida por creencias y suposiciones acerca de lo que probablemente va a ocurrir, y esto puede generar "ruido" ¿Es posible eliminarlo o reducirlo de alguna forma? Según Wolhstetter- "La posibilidad de ataque por sorpresa en cualquier momento se basa en las condiciones de la percepción humana, y brota de incertidumbres tan fundamentales que resulta poco probable que puedan ser eliminadas, aunque podrían ser reducidas".¹⁹ Posteriormente intentaré explicar de qué manera puede disminuirse en alguna medida el "ruido" autogenerado, pero antes conviene señalar algunos de los principales problemas en la evaluación de las intenciones y capacidades del enemigo, con el propósito de descubrir en qué áreas se presenta con mayor agudeza la posibilidad de autoproducción de "ruido".

3. EVALUACIÓN DE INTENCIONES Y CAPACIDADES

Un viejo problema de inteligencia política y militar consiste en establecer **en qué** concentrar la atención: ¿sobre las **capacidades** o las **intenciones** del enemigo basta con **querer** hacer algo, es necesario tener las capacidades para ello. Esta constatación aparentemente obvia presenta sin embargo, dificultades en el terreno de la evaluación de inteligencia, y aquí cabe señalar por su relevancia las siguientes:

a) Si las intenciones propias no son agresivas (pues se disfruta del "status" o se le considera razonablemente aceptable), puede ocurrir, y de hecho pasa, que se atribuyan al adversario intenciones semejantes, y se presume que lo que es bueno para "nosotros" debe serlo también, al menos hasta cierto punto, para el enemigo. Aún si se postulan intenciones agresivas por parte de un adversario potencial, es probable que las mismas aparezcan como algo remoto y abstracto, que choca abrupta y "absurdamente" con las

18 Handel: ob. cit. p. 18.

19. R. Wolhstetter: Pearl Harbor: Warning... ob. cit. p. 397.

"evidentes" ventajas del "status". Todo esto contribuye a reducir las percepciones de amenaza como algo inmediato. Por otra parte, si las amenazas de ataque se toman en serio, existe el miedo de que los preparativos para enfrentarlo "antagonicen, provoquen o asusten al enemigo, fortaleciendo los intereses de los grupos más belicosos en su seno, y dándoles una excusa para tomar acciones preventivas. Los preparativos de guerra son así vistos como una profecía que se autorealiza, en cambio, hacer caso omiso de las señales amenazantes parecería contribuir a la paz".²⁰

b) Para engañar al enemigo, una de las tretas más eficaces consiste en dar la impresión de que las capacidades propias no se armonizan con las intenciones, de tal forma que no importa cuan agresivos sean los propósitos que se tengan, pues no será materialmente posible llevarlos a cabo. Este fue uno de los caminos seguidos por los árabes en el período preparatorio de la guerra de octubre de 1973. Los servicios de inteligencia israelitas creían conocer sobradamente las intenciones árabes: "destruir Israel", "arrojar a su pueblo al mar", etc.; pero tales objetivos, particularmente después de la aplastante derrota militar sufrida por los árabes en 1967, parecían remotos y abstractos. Desde el punto de vista de las capacidades árabes de hacer la guerra, para los israelitas era muy difícil imaginar que en sólo seis años los ejércitos de sus adversarios hubiesen sido reconstruidos, aprendiendo de paso el manejo de sofisticados y ultra-modernos sistemas de armas. Así, de un lado, los servicios de inteligencia israelitas se concentraron en el análisis de las **intenciones** árabes, pero en base a un patrón rígido, incapaz de determinar las variaciones tácticas en la estrategia global de sus adversarios. Y de otro lado, en parte gracias al secreto guardado por sus enemigos, y en parte (quizás fundamentalmente) debido a las preconcepciones dominantes sobre la poca habilidad militar árabe, los israelitas no pudieron captar los cambios experimentados por los ejércitos de Egipto y Siria en el período 1967-1973.

c) En materia de intenciones y capacidades se cometen usualmente dos tipos de errores tan peligrosos uno como el otro: por una parte, la **sobreestimación**, y por otra la **subestimación** del enemigo. Los árabes sobreestimaron las capacidades de Israel en 1973, y ello fue factor importante en la concepción de su plan estratégico, el cual adolecía (en especial en lo que concierne al frente del Sinaí) de una excesiva rigidez.²¹ La sobreestimación del adversario puede entonces resultar en una estrategia demasiado tímida que conduce a perder oportunidades de acción y éxito. La subestimación del adversario, de otro lado, lleva a evaluaciones exageradamente favorables de las capacidades propias, y a excesos de confianza que en la historia de la guerra con frecuencia han desembocado en catástrofe.²² Las capacidades del enemigo no pueden medirse tan sólo en términos **cuantitativos**; equipos, número de hombres, recursos logísticos, etc.; hay que tomar también en cuenta

20 Handel: ob cit; p.18

21 Véase A.Romero Estrategia y política en la era nuclear. Editorial TECNOS, Madrid 1979 pp. 236-277

22 Sobre el punto de la subestimación del enemigo, uno de los mas interesantes ejemplos es la "Operación Barbaroja" de Hitler contra la URSS. Véase mi libro **Líderes en guerra: Hitler, Stalin, Churchill, De Gaulle**, Editorial TECNOS, Madrid, 1979, pp 63-87

los aspectos **cualitativos**, en particular la doctrina estratégica del adversario a través de la cual se ponen en acción las capacidades. En otras palabras, la doctrina estratégica da un sentido de dirección a la utilización del poder militar;²³ podría decirse que una estructura de fuerza militar que carezca de una doctrina estratégica es como un boxeador sin instrucciones o un coloso engeguedido. Lo importante es que las mismas capacidades pueden trasladarse a la acción en forma muy distinta, y producir resultados radicalmente diferentes, de acuerdo a la escogencia de una u otra doctrina estratégica (que influye la planificación, el entrenamiento, las tácticas de combate, etc.). De allí que este elemento de naturaleza cualitativa debe ser tomado muy en cuenta, pero ello no resulta fácil pues la doctrina en cuestión puede no haber sido probada previa-mente en condiciones reales de batalla, o puede ser cambiada, renovada o puesta al día. poco antes de la ruptura de hostilidades. Se plantea también el peligro de "proyectar" la propia doctrina en el enemigo y considerar esta última como una simple variante de "nuestra" visión. Hay indicios que sugieren que, al menos hasta un punto, ese fenómeno se manifestó en las apreciaciones israelitas sobre las concepciones árabes en relación a la guerra de tanques y la guerra aérea.

d) Otro aspecto relevante consiste en evaluar las intenciones del enemigo de acuerdo a **"nuestras" capacidades y lo que él sabe de ellas**. En efecto, si "nuestro" adversario **subestima** nuestras capacidades, un resultado bastante factible es que se haga más agresivo; por el contrario, si **sobreestima** "nuestras" capacidades es probable que su agresividad disminuya, o al menos limite sus objetivos. De una forma u otra, para evaluar las intenciones del enemigo tenemos que saber lo que él sabe o desconoce de nosotros. Con frecuencia, sin embargo, es más fácil conocer las capacidades del adversario que adquirir información sobre su conocimiento de nuestras capacidades y su evaluación de las mismas; es decir, podemos saber con qué cuenta el enemigo, pero es difícil conocer qué sabe el enemigo de nosotros, lo cual complica enormemente los esfuerzos de estimar las intenciones del enemigo y entorpece las apreciaciones sobre un posible ataque por sorpresa. Como muestra el análisis histórico de las ofensivas "Barbarroja" y en Peari Harbor, tanto soviéticos como norteamericanos desconocían la medida en que sus adversarios les subestimaban, lo cual fue un factor importante en incitarles a atacar.²⁴

e) No hay nada tan difícil en el trabajo de inteligencia como evaluar las intenciones del enemigo y formarse una imagen acertada sobre su carácter, sus propósitos y su voluntad de asumir riesgos en aras de sus objetivos. El problema se hace crítico especialmente cuando el adversario potencial opera con concepciones y visiones del mundo vigentes en **contextos culturales distintos** al "nuestro". Este es el problema del "comportamiento irracional" de "Estados locos", agudamente analizado por Dror en su libro del

23. Sobre la relevancia de una clara doctrina estratégica en materia militar: A. Romero: Las Fuerzas Armadas Venezolanas: Necesidad de una Doctrina Estratégica, (Mimeografiado), Caracas, USB., 1977.

24. Sobre la subestimación del poderío norteamericano por parte de los japoneses la víspera de Peari Harbor: A. Romero: **El Modelo de Racionalidad y la Decisión de ir a la Guerra: Japón en 1941**,

mismo título.²⁵ No hace falta, sin embargo, calificar de tal forma esas actitudes aparentemente "anormales" o "irracionales", ya que contextos culturales diversos generan distintas maneras de apreciar lo que es "racional" o no en determinadas circunstancias, pues como expresa Knorr: "El comportamiento de gente con una cultura diferente de la propia frecuentemente **parece** irracional cuando de hecho ellos actúan racionalmente, pero evalúan los resultados de sus acciones de acuerdo a valores que difieren de los nuestros".²⁶ Diversos estudiosos de los problemas de la inteligencia militar y política enfatizan que es precisamente en el área de evaluación de **intenciones** donde se encuentran las dificultades principales, y hay amplio consenso en cuanto a los procesos distorsionadores derivados del intento de juzgar al adversario con criterios, categorías, puntos de vista o marcos conceptuales que no se adaptan a su condición propia. Así, Wasserman es enfático al afirmar que las fallas en la evaluación de inteligencia "pueden reducirse en última instancia a la incomprensión de los esquemas conceptuales del adversario, es decir, a la incapacidad de entender adecuadamente las suposiciones o interpretaciones de la situación sobre las cuales los contrarios fundamentan sus decisiones. Esos errores interpretativos se deben a la interpretación a-crítica de las acciones de Estados extranjeros en términos de nuestros propios marcos conceptuales".²⁷

¿En qué consistente estos marcos o esquemas conceptuales, cuál es su verdadera importancia y qué posibilidades hay de superar sus limitaciones? Los desarrollos recientes de la sicología de la percepción muestran que las diferentes imágenes que los hombres se forman sobre la realidad influyen decisivamente en su interpretación de los eventos y en su conducta ante los mismos. Estas imágenes, por otra parte, no están compuestas tan sólo de elementos teóricos susceptibles de verificación o refutación, sino que a ellas también se integran componentes de naturaleza afectiva y normativa que se entremezclan a los tácticos. "El flujo de información acerca del ambiente o acerca de acontecimientos específicos, entra en la percepción y en el sistema de toma de decisiones de un actor no directamente, sino a través del conjunto de creencias del mismo, donde la información es filtrada y seleccionada. La formación de distintas estructuras de percepción o conjuntos perceptivos y los patrones a partir de los cuales se mezclan estímulos perceptivos, son el resultado de un proceso de aprendizaje. **Una vez adquiridos se produce una lógica resistencia a cambiarlos, no sólo por el esfuerzo que significa todo gratificaciones experimentadas por el sujeto y el prescindir de ellos produce temor**"²⁸ Esto quiere decir que las ideologías, los sistemas de valores, las visiones de la realidad, y las imágenes que nos hacemos de nuestros adversarios son producto de todo un proceso de aprendizaje selectivo que a su vez genera diversas formas de percepción, las cuales no son

25. Y Dror: *Crazy States*, Heath Lexington Books, D.C. Heath, N.Y., 1971.

26 Klaus Knorr: "Failures in National Intelligence Estimates: The case of the Cuban Missiles", *World Politics*, April 1964, p. 459.

27 B. Wasserman, ob. cit. pp. 166,167.

28 Véase: J.C. Rey: *Doctrina de Seguridad e Ideología Autoritaria*, (mimeografiado). Caracas, UCV., 1979, pp. 3,4

fácilmente susceptibles al cambio ya que se arraigan emocional e intelectualmente en los analistas y decisores, aún de manera inconsciente. La relevancia de este fenómeno en el campo de la inteligencia militar y Política reside en que, dado que la realidad de las cosas puede verse distorsionada por nuestra manera de aprehenderla (que es selectiva y sujeta a factores no estrictamente cognoscitivos), es necesario esforzarse por sacar a la luz en forma consciente esos esquemas e imágenes, y evitar utilizarlos en forma acrítica en la evaluación de las intenciones y acciones del adversario. De lo planteado surgen dos tipos de problemas que deben ser enfrentados en la evaluación de inteligencia:

i) Determinar la existencia y características de marcos conceptuales e imágenes definidas sobre la realidad, las cuales pueden adolecer de defectos y limitaciones por ser selectivas y contener ingredientes emocionales que en nada contribuyen a una apreciación objetiva de los hechos.

ii) Evitar la atribución o proyección de determinados esquemas, visiones del mundo o sistemas de valores a adversarios que bien pueden no compartirlas debido a diferencias culturales, y a que manejen diversos mecanismos de percepción de la realidad.

En octubre de 1973 los árabes se arriesgaron a una seria derrota militar (que eventualmente no fue tan grave) en aras de mejorar su posición política y diplomática y de hecho lo lograron. Para Israel era muy difícil anticipar ese comportamiento, pues la dura experiencia del Estado judío le ha enseñado que "no hay sustituto para la victoria militar por ello no era fácil percibir la verdadera intención de los árabes y comprender que un adversario que sabía **iba a ser derrotado** (militarmente) se atreviese a lanzar una ofensiva general. Para los analistas y decisores norteamericanos en 1941 era difícil apreciar la disposición de los japoneses de asumir riesgos considerados "altamente inaceptables" en la opinión de sus víctimas potenciales. Era un tanto exagerado creer que un poder pequeño como Japón daría el primer golpe contra un gran poder como Estados Unidos. Por esta razón, como apunta Wohistetter, los norteamericanos no fueron capaces de calcular "la habilidad y voluntad japonesas de aceptar tan altos riesgos... pues para la supervivencia nacional era inconveniente una acción tan audaz, pero la perspectiva de los japoneses sobre el asunto no podía ser medida en base a nuestros propios standards".²⁹ Durante la guerra de Vietnam se puso también de manifiesto la distancia entre los cánones evaluativos, imágenes y expectativas de la inteligencia norteamericana y el comportamiento real de las fuerzas de liberación vietnamitas, situación que ha sido revelada y discutida en un interesante libro por uno de los analistas de la CÍA en la "estación" de la Agencia en Saigón, ex-capital de Vietnam del Sur.³⁰ Allí, Snapp muestra que los analistas norteamericanos fueron recurrentemente incapaces de estimar la voluntad vietnamita de asumir riesgos, y su disposición a aceptar elevados costos en aras de sus propósitos políticos.

29. R. Wohistetter: *Pearl Harbor...*, ob. cit. pp. 349, 354.

30. Franck Snapp: *Decent Interval*, Random House, N.Y. 1977.

En la parte conclusiva de su obra sobre el ataque a Pearl Harbor, Wohlstetter sintetiza las principales dificultades que hicieron posible el éxito japonés y que pueden servir como un buen resumen de todo lo que hasta ahora se ha venido diciendo. Según Wohlstetter, el logro de la sorpresa por parte de los japoneses se debió a los factores siguientes: i) La "muy humana tendencia" de no prestar atención a las señales de ataque contra un blanco improbable, pues "es muy difícil que tales señales puedan ser oídas", ii) La gran masa de evidencia contradictoria, que podía fundamentar hipótesis alternativas y en apariencia igualmente razonables; es decir, la gran masa de "ruido", iii) El esfuerzo del enemigo para guardar sus intenciones en el mayor secreto, iv) La generación deliberada de "ruido" por parte del enemigo y el envío de señales falsas o conflictivas a través de tretas y engaños, v) El cambio, a veces repentino, de señales que sí eran relevantes y que se trastocan por la influencia de avances tecnológicos (como en el caso del lanzamiento de torpedos desde el aire), o transformaciones en las decisiones políticas. vi) Los propios mecanismos internos de seguridad de los servicios de inteligencia norteamericanos, con su celo por el secreto, entorpeció la comunicación de señales, presentando a analistas y decisores con el problema de cerrar el acceso de información al enemigo preservando al mismo tiempo la apertura de canales entre ellos mismos (cosa que no era fácil en vista por ejemplo de las distancias entre Hawai y Washington). vii) Finalmente, jugaron un rol los "bloques" a la percepción y comunicación inherentes a toda organización burocrática, las rivalidades dentro de determinados servicios de inteligencia (de la Marina, o la Aviación) y entre ellos.³¹

Interesa mencionar también, entre los numerosos problemas intrínsecos al análisis de inteligencia, el así llamado "síndrome de allí viene el lobo", basado en la historia infantil según la cual un niño mentiroso engaña varias veces a la gente haciéndoles creer que está siendo atacado por un lobo, hasta que los demás —cansados de atender sus falsas alarmas— dejan de hacerle caso, y en el momento en que **de verdad** le agrede el lobo nadie acude en su ayuda. Si un servicio de inteligencia "pasa" demasiadas alertas que resultan falsas, ello puede producir un cierto "adormecimiento" a nivel de los órganos de decisión, así como desaliento y desmoralización en los analistas. Esto puede llevar a que se minimice sistemáticamente el número de alertas, llegándose a pecar de un **exceso** de cautela. Debe añadirse igualmente que las alertas falsas pueden resultar muy costosas al generar un proceso de preparación y movilización armada de serias repercusiones financieras. A su vez, esa contra-movilización puede actuar de detonante de un ataque que de hecho no venía, lo cual se conoce como "la profecía que se autorealiza". Desde luego, en vista de que no existen criterios absolutamente firmes para diferenciar entre, por un lado, intenciones verdaderas de ataque, y por otro lado, maniobras de entrenamiento (que en ocasiones pueden llevarse a cabo en vasta escala) realizadas tal vez para "condicionarnos" precisamente a las falsas alarmas, no

31 R. Wohlstetter: Pearl Harbor.-, ob. cit. pp. 392, 395.

queda otro camino que desarrollar medidas básicas de precaución que reduzcan la vulnerabilidad de las defensas aún en la eventualidad de un ataque por sorpresa. Claro está que tales medidas no siempre responden a las expectativas, como ocurrió a Israel en octubre de 1973.

Resulta fascinante estudiar los testimonios de actores políticos de la talla de Moshe Dayan y Golda Meier (Ministro de Defensa y Primer Ministro de Israel respectivamente) respecto a la sorpresa árabe el día de Yom Kippur, 6 de octubre de 1973. Sus relatos revelan hasta qué punto son reales las dificultades aquí señaladas, el "síndrome de allí viene el lobo", el temor a "la profecía que se autorealiza", el condicionamiento de los decisores por las maniobras enemigas y su alto nivel de confianza en sus propios servicios de inteligencia (condicionados a su vez en Israel por el disfrute del "status quo" y la subestimación del ene-migo). Según Dayan, él y otros dirigentes israelitas habían estado con-vencidos, desde el fin de la "guerra de desgaste" en agosto (de 1970, que la inconformidad de egipcios y sirios con el "status" impuesto por Israel les llevaría a reanudar las hostilidades: "El problema no era si lo iban a hacer, sino cuándo lo harían".³² En las dos semanas previas al día del ataque se habían dado signos inquietantes en ambos frentes ("sur" con Egipto, "norte" con Siria), "pero tanto nuestra Inteligencia Militar como la norteamericana concluyeron que Egipto y Siria no estaban a punto de empezar una guerra Ambos servicios interpretaron el aumento de actividad militar en el frente sur como 'maniobras del ejército' y no como los preparativos de una invasión".³³ El 2 de octubre Dayan consultó al Jefe de Estado Mayor, quien luego de chequear con la Inteligencia Militar le informó que existía la convicción de que lo que ocurría era tan sólo un ejercicio. En una reunión el 3 de octubre el Jefe de Inteligencia reiteró la conclusión de que "lo que estaba ocurriendo en el frente egipcio eran las maniobras anuales del ejército". En una sesión de Gabinete el 5 de octubre (un día antes del ataque) el Jefe de Inteligencia, General Eli Zeira, ratificó esa apreciación, que fue aceptada por el Jefe de Estado Mayor. "El ejército a su vez asumía que, si en verdad la guerra era inminente, habrían otras indicaciones y reportes de inteligencia. Sólo si y cuando tales avisos aparecieran sería necesario movilizar las reservas y tomar medidas adicionales... (De otro lado) la evaluación norteamericana era que ni Egipto ni Siria tenían la intención de lanzar un ataque en el futuro cercano".³⁴

Por su parte, Golda Meier se refiere al total consenso que existía entre los expertos de inteligencia israelitas, así como los de "fuentes extranjeras con los cuales estábamos en contacto permanente", de que los árabes no iban a lanzar un ataque masivo. "Ahora sé lo que debía haber hecho: debí superar mis dudas. Yo sabía muy bien lo que significaba una movilización en gran escala y

32 .Moshe Dayan: Story of My Life, Weidenfeld and Nicolson, London, 1976, p. 380.

33- Ibid,p. 382.

34. Ibid, p.386. 35.Golda Meier: My Life, Dell Publishing Co.. N.Y., 1976, p. 409

habíamos recibido un alerta y las reservas habían sido llamadas, pero no ocurrió nada. No obstante, **también entendía que quizás la guerra no había estallado en mayo precisamente debido a que las reservas fueron movilizadas**".³⁵ Esta última observación es importante, pues una contramovilización ante preparativos sospechosos del enemigo, si bien puede actuar como detonante, puede también servir de factor disuasivo y "enfriar" las intenciones agresivas del contrario. La Primer Ministro Meier intuía que algo "raro" y amenazante notaba en el ambiente, pero, como apunta en sus Memorias, "la intuición es una cosa muy engañosa; a veces hay que responder ante ella de inmediato, pero otras veces no pasa de ser un síntoma de ansiedad que desorienta y confunde".³⁶

Las narraciones de Meier y Dayan confirman otras dos paradojas del análisis de inteligencia. En primer lugar, el hecho de que mientras mayor es la credibilidad, ganada a lo largo del tiempo, de un servicio de inteligencia (y nadie se atrevía a cuestionar la eficiencia de los expertos israelitas en la materia, ni siquiera la Primer Ministro), menos interrogantes y dudas suscitarán sus apreciaciones, por lo tanto, mayor será el riesgo a largo plazo de confiar excesivamente en sus evaluaciones. La otra paradoja es la de "la profecía que se autoniega sobre un inminente ataque enemigo lleva a una contramovilización preventiva; ésta, a su vez, hace que el enemigo retarde o cancele sus planes. Es así imposible, aún retrospectivamente, saber si la contramovilización estuvo o no justificada".³⁷

¿Cómo superar estos problemas?; ¿es posible hacerlo? Sí, pero como trataré de mostrar en la sección siguiente, solo hasta cierto punto, de manera limitada, y con un elevado margen de error. En última instancia, es siempre más seguro amoldar apreciaciones y planes de acuerdo a las capacidades (supuestamente más concretas, materiales y evidentes) del enemigo que en base a sus intenciones (más volátiles, intangibles y a veces amorfas o contradictorias). No obstante, lo dicho hasta ahora indica que no existe de ninguna manera un "abismo" entre ambas esferas en lo que respecta a su importancia para el análisis de inteligencia, que puede haber tanta o mayor oscuridad sobre las capacidades que en relación a las intenciones del contrario, y que, al final, la evaluación es en el fondo una sola.

4. INCERTIDUMBRE, EVALUACIÓN Y CRÍTICA

Hasta ahora he analizado algunas de las dificultades dominantes de la inteligencia militar, en relación al problema de la sorpresa, en base a un modelo que centra su atención en los mecanismos de la percepción y las predisposiciones generadoras de "ruido", que entorpecen la evaluación acertada de la información disponible. En líneas generales, este modelo

35. Golda Meier: My Life, Dell Publishing Co.. N.Y., 1976, p. 409

36.. Ibid.p. 408.

37. Véase: Handel, ob. cit. pp. 54, 55

analítico conduce a conclusiones acentuadamente pesimistas sobre las posibilidades de escudriñar el presente y el futuro y evitar la sorpresa, pues se sostiene que en situaciones de tensión y ambigüedad la mente humana es poco capaz de someter a crítica sus esquemas conceptuales, suposiciones y prejuicios, y busca por el contrario cualquier signo que tienda a reforzar esas nociones preestablecidas. De allí que autores como Barton Whaley (cuyo estudio sobre el "Caso Barbarroja" es uno de los más notables del género),³⁸ se pronuncien a favor de modelos de toma de decisiones con bases en la cibernética, que tratan de minimizar el rol de la voluntad consciente en los asuntos humanos. Se asume que los decisores poseen un conjunto muy limitado de respuestas para enfrentar estímulos externos, y por lo tanto, son incapaces de desembarazarse de sus condicionamientos o superar determinados límites y reglas de decisión.

Como se verá, si bien existen dificultades, no es tampoco justificado un total pesimismo respecto a las potencialidades del trabajo de inteligencia. Y aquí vale la pena referirse a un modelo de análisis que, en oposición al anterior, ignora en general la acción del azar, de la falta de coordinación, coincidencias y consecuencias no deseadas de las decisiones. Se trata de las teorías "revisionistas" de acuerdo a las cuales la manipulación y las conspiraciones, en lugar de la confusión y el caos, son los verdaderos responsables de las fallas y errores de los servicios de inteligencia y su reiterada incapacidad para prevenir la sorpresa.³⁹ En relación a eventos tales como el ataque a Pearl Harbor, la guerra de Corea y la guerra de octubre de 1973 en el Medio Oriente, las tesis revisionistas sostienen que la ruptura de hostilidades fue resultado de una elaborada trama diseñada para incitar al adversario a "disparar el primer tiro". Por lo tanto, estas crisis no fueron el producto de genuinas fallas de inteligencia, sino más bien el resultado de provocaciones deliberadas y de una "sorpresa manufacturada". Las versiones "revisionistas" tienen gran popularidad, así como otros tipos de "visiones conspirativas de la historia", pero lo cierto es que exageran y sobreestiman enormemente la capacidad humana (y de los Estados, por poderosos que sean) para planificar y manipular la realidad, e ignorar que los actores políticos no funcionan en un vacío, sino que se mueven dentro de un complejo contexto político-social, psicológico y militar, el cual restringe en grados variables su libertad de acción y capacidad de maniobra. En "este sentido puede afirmarse que, no obstante haber llamado en ocasiones la atención sobre aspectos poco tratados de la historia política de los casos en cuestión, los estudios "revisionistas" no son convincentes.⁴⁰ Las fallas de inteligencia soviética —en 1941 ("Operación Barbarroja" de Hitler), norteamericana ese mismo año (Pearl Harbor), norteamericana otra vez en 1950 (Corea), e israelita en 1973 (Yom Kippur)- fueron reales, y los Estados víctimas de los ataques pagaron costos muy elevados por sus errores.

38.. R. Whaley: Codeword Barbarossa, Cambridge University Press, Mass., 1973.

39 Para una revisión crítica de las limitaciones de ambos modelos, véase: Abraham Ben-Svi: "The Study of Surprise Attacks", **British Journal of International Studies**, No. 5, 1979, pp.129,149.

40. Sobre Pearl Harbor, puede consultarse la obra de G. Morgenstem: Pearl Harbor: The Study of the Secret War, New York, 1947. Sobre Corea: I.F. Stone: The Hidden History of the Korean War, New York, 1952. Sobre la guerra de octubre del 73: Z. Klein: The Yom Kippur War, Jerusalem, 1974

Ahora bien, ¿es posible eliminar esas fallas, o al menos reducirlas? El mejoramiento de la relación entre "ruido" y "señales" exige avanzar en tres direcciones convergentes y complementarias, que son: a) Creación y mantenimiento de nítidos y directos canales de comunicación e intercambio entre analistas y decisores. b) Reemplazo de la concepción de un conocimiento "objetivo" y pasivamente inducido, que refleja un orden fáctico "dado" (y es por lo tanto irrefutable y no sometible a tests), por una noción diferente, que dé mayor cabida a la imaginación y posibilite la producción de hipótesis alternativas, criticables y refutables. Ello a su vez requiere la incorporación en el trabajo de inteligencia de un "mapa cognoscitivo" amplio que permita desviarse de esquemas interpretativos rígidos y unidimensionales, c) Constitución de varias agencias de inteligencia "competitivas" (en un sentido positivo y creador del término), que funcionen con concepciones y visiones distintas que sean comparables por los decisores.

Como se ha afirmado anteriormente, las decisiones son hechas dentro de determinados marcos conceptuales y horizontes de expectativas, que influyen significativamente las percepciones e interpretaciones de una situación por parte de los actores políticos. De allí que sea muy importante que los analistas de inteligencia conozcan en la mayor medida posible los esquemas y concepciones predominantes en la visión de los decisores, y que estos últimos se esfuercen por hacer explícitas sus expectativas, y por exponerlas al examen crítico de sus asesores en materia de inteligencia. Ello puede sin duda contribuir a que disminuyan los prejuicios latentes en la mente del decisor, y al aumento de la calidad de las políticas. La comunicación entre analistas y decisores es también vital para que los segundos proporcionen información que sea verdaderamente relevante, según criterios que hayan sido acordados en conjunto y no de manera unilateral.

La información básica (en sus diversas formas: reportes, observaciones, datos estadísticos, fotografías, y otros) es crucial para la inteligencia, pero por sí sola no basta. Las dificultades para distinguir entre "ruido" y "señales" imposibilitan confiar en una idea del conocimiento como "reflejo" de un orden táctico, un conocimiento basado en la acumulación supuestamente objetiva y desprejuiciada de "hechos". Es indispensable entender el papel clave de la imaginación y la teorización en el trabajo de inteligencia, y complementar el esfuerzo de acumulación de información básica con una idea del conocimiento que consiste en la invención (sólidamente fundada) de explicaciones (refutables) sobre una realidad determinada, un conocimiento que sea por tanto hipotético, sometible a tests y refutable. En palabras de Wasserman^ "La única base satisfactoria para la predicción de inteligencia consiste en estimar, de acuerdo a standards objetivos y universalizables, las acciones de otros Estados racionalmente en términos de sus presupuestos... ..(Ello) es difícil pues implica entender esquemas conceptuales diferentes; las acciones e intenciones de otras naciones pueden parecer extrañas, irracionales e impredecibles en términos de nuestros esquemas, y su explicación racional requiere un

considerable esfuerzo imaginativo así como la modestia necesaria de no reclamar prerrogativas especiales para nuestros esquemas".⁴¹

No es posible ocultar los serios problemas epistemológicos que se suscitan de la concepción expuesta, y que han generado, desde hace varios años, polémicas vigorosas en el campo de la antropología y la sociología. Así lo atestiguan los trabajos de Winch, Ryan y Madntyre entre otros.⁴² El llamado "problema de las otras culturas", las posibilidades de explicación del "significado interno" de las decisiones y acciones de otros está aún sujeto a discusión en las ciencias sociales, pero se han dado pasos importantes en su clarificación. Uno de los obstáculos para lograr esa comprensión "desde dentro" ha sido formulado por Hanson y Martín así: "El contexto (o parte de él) de una particular creencia o acción puede con frecuencia ser explicitado como un conjunto de presuposiciones sobre la realidad —una racionalización— en términos de la cual esa creencia o acción es, en ciertas condiciones, la respuesta apropiada. Pero es usualmente posible imaginar más de una racionalización que pueda generar la creencia o acción en cuestión. En tales circunstancias, ¿cómo adquirir la certidumbre de que nuestro análisis corresponde de hecho al de (los otros) y no es un esquema extraño al de ellos que por coincidencia produce conclusiones y prescripciones hasta cierto punto congruentes con las suyas?"⁴³ Esta es una dificultad real, que también se aplica al análisis de inteligencia; no obstante, refuerza la idea de que el uso —controlado y con fundamentos— de la imaginación es indispensable para interpretar la información sobre las intenciones y comportamiento de adversarios potenciales.

Así como los estudios "revisionistas" sobreestiman la capacidad humana para manipular la realidad, las explicaciones que enfatizan las limitaciones del conocimiento y la percepción con frecuencia subestiman las potencialidades de la imaginación, la iniciativa intelectual y el uso de mapas cognoscitivos integrativos y multidimensionales.⁴⁴ La habilidad de considerar diversos puntos de vista en forma simultánea, de integrarlos y responder ante ellos de manera flexible permiten disminuir las restricciones de "mapas" simples y no diferenciados y de esquemas preexistentes de pensamiento y conducta.

Por supuesto, la instrumentación de estas propuestas de índole intelectual exige cambios organizativos en los propios mecanismos burocráticos o agencias de inteligencia. Ya se hizo mención de la importancia que tiene **descentralizar** el trabajo de inteligencia en dos o más agencias que se complementen pero que a su vez tengan acceso independiente a los

41. B. Wasserman, ob. cit. p. 168.

42. Véase, en torno al problema de la racionalidad y la explicación de la acción social: P. Winch, *The Idea of a Social Science*. Routledge & Kegan Paul, London, 1971; Alan Ryan, *The Philosophy of the Social Sciences*, MacMillan, London, 1973; A. Madntyre, *Against the Self-Images of the Age*, Duckworth, London, 1971.

43. F.A. Hanson y R. Martín: "The Problem of Other Cultures", *Philosophy of the Social Sciences*, No. 3, 1973, p. 193.

44. Sobre los "mapas cognoscitivos" y el procesamiento multidimensional de Información, véase: P. Suedfeld y P. Tetlock: "Integrative Complexity of Communications in International Crisis", *Journal of Conflict Resolution*, XXX, 1977, p. 112; y J. G. Stein: "Freud and Descartes: The Paradoxes of Psychological Logic", *International Journal*, XXXII, 1977, pp. 444, 445.

decisores. Los riesgos de centralismo en este terreno son muy graves, de allí que, por ejemplo, la norma establecida en la Ley Orgánica de Seguridad y Defensa de Venezuela (1976), que crea un "Servicio Nacional de Inteligencia", el cual "coordinará y centralizará la información que requiera de los Organismos de Seguridad del Estado y proporcionará la inteligencia de interés para la seguridad y defensa nacional" (Artículo 13) puede prestarse a interpretaciones equivocadas, que determinen el establecimiento de un super-aparato de inteligencia concentrador, excluyente y seguramente poco eficaz. Hasta ahora ese organismo no ha sido constituido, pero en caso de crearlo y darle esas atribuciones los decisores civiles y militares deberían tomar en cuenta los riesgos esbozados.

Hay que considerar también el interés que tiene asignar a ciertos analistas de inteligencia la función de actuar como "abogados del diablo" dentro de sus propias agencias, cuestionando y sometiendo a crítica sistemática las concepciones y métodos interpretativos predominantes. Este "pluralismo conceptual" puede servir de balance a tendencias hacia la homogeneización de criterios, de consecuencias negativas para el análisis de problemas complejos. No hay que perder de vista, sin embargo, que este "pluralismo interpretativo" supone su uso por parte de decisores capaces de discernir entre interpretaciones fantasiosas y análisis realistas; decisores con la fuerza moral para escoger con convicción y seguir su ruta con firmeza pero sin dogmatismo. Sabemos, no obstante, que este tipo de líderes no se vislumbra con la frecuencia deseable en el panorama mundial. El problema del análisis de inteligencia es inseparable del de la toma de decisiones en condiciones de incertidumbre. No es posible garantizar la previsión, pero sí se pueden mejorar los chances de actuar a tiempo en base a señales para evitar o al menos moderar el impacto de eventos perjudiciales. Ello puede lograrse a través de análisis más sofisticados y multidimensionales de la información que se posea haciendo más explícitos (así como tentativos) los marcos conceptuales en que se introducen nuevos datos e informaciones, y "retinando, subdividiendo y haciendo más selectivo el rango de nuestras respuestas, de manera que éstas puedan amoldarse a las ambigüedades de nuestra información y se logre minimizar los riesgos de error y de pasividad".⁴⁵ Desde luego, en materia de inteligencia política y militar no hay panaceas, y todas las prescripciones destinadas a resolver el recurrente problema de la sorpresa tienen una validez limitada, pues la posibilidad de un ataque por sorpresa es parte integrante del conflicto y la guerra. De allí que para países colocados en una situación estratégica caracterizada por los elevados y permanentes riesgos a la seguridad nacional, como Israel y Yugoslavia por ejemplo, sea recomendable preparar a las fuerzas de defensa para combatir bajo condiciones de ataque por sorpresa. De igual forma, y esto se aplica con fuerza a un mayor número de países, en caso de duda respecto a la inminente posibilidad de un ataque por sorpresa es siempre más seguro movilizarse y estar preparados, a pesar de los costos financieros que ello implica y de que pueda tratarse de una falsa alarma. La incertidumbre es parte de la vida, pero en ciertos campos, como la defensa nacional, no se le debe aceptar pasivamente.

⁴⁵ R. Wohistetter: "Cuba and Peari Harbor...", ob. cit. p. 707.